

**A**MERICA es nuestra preocupación primera. En la interrogación a su historia, a su circunstancia histórica y a su capacidad creadora, una costumbre que viene desde los orígenes y en la que persistimos, a pesar de nuestras decepciones, porque es la justificación de nuestro existir en ella, en América. Esta interrogación es, superabundante, insidiosa, pero también ella se expresa, de modo más sutil y a la vez más profundo, a través de las creaciones originales en prosa y en verso.

El año pasado pretendimos dar una visión suramericana, crítica, de la hora que vivía América, a través del testimonio de sus escritores, y Arturo Roa Bastos, Ernesto Sabato, Carlos Drummond de Andrade, Sebastián Salazar Bondy, Roberto Fernández Retamar, Ricardo Kautzman, recorrieron algunos países del continente. Este año apelamos a las creaciones y, con el régimen que los sociólogos llamamos del "muestreo", pretendimos ofrecer un atisbo de la complejidad y de la variedad de las distintas orientaciones artísticas en el continente. Pese a la comprobación primera que se hace cuando se procede a un corte horizontal de las letras americanas, nos dice que su unidad es mera soltaridad — o una terna tradición que heredan del imperio español —, que nosotros superemos sobre un universo astrínico donde conviven los contrarios.

No hay continente homogéneo, pero quizás en ninguno como en América se perciba la expresión simultánea de sus culturas. En América se crea de una determinada cultura se presentan cosas nuevas; las más resacas formas románticas o las más actuales formas naturalistas. Tenemos sus contemporáneos del superrealismo, cya transeúndo y del objetivismo narrativo que en ciertos momentos se aproxima al realismo. Es en las mayores ciudades, Buenos Aires, México, donde se ha impuesto un español que nosotros costará mucho destruir. Según el son las elites urbanas los que, en un punto más alto y, —obviamente— último, de la creación artística, encontrando la prueba corroborada de su creación en la forma que sus corrientes que defienden son las mismas que se forman en Europa o en Estados Unidos, países de estos desarrollos lineales de la cultura, de estos elites les han venido por alguna de estas dos vías: o la imitación directa, o una equivalencia en cuanto a las situaciones artísticas de determinados conjuntos sociales en unos y otros países.

La creación de que el último estilo urbano es el mejor y que todos los demás son rezagados e inferiores, recuerda la pretensión de aquella frase ridícula: "Nuestros caballos de la Edad Media". Pero sobre todo apunta a un proceso de desviación de la realidad que sustituye el adentramiento original en la vida por la distancia por los recursos estilísticos de una escuela o el magisterio de un escritor. No se es mejor por haber a Proust, a Sartre o a Kafka, ni siquiera por encontrar honestamente que la realidad que se vive, se narra o canta, es semejante a la de otros escritores. América destruye la fe en estos desarrollos lineales de la cultura, de letras regladas por la evolución, al parecer —pero tan sólo al parecer— lineal y armónica de los centros intelectuales. En cambio opone muy distintos fundamentos para el arte, todos los cuales son legítimos y equiparables por su básica funcionalidad en un medio como lo fueron en el siglo pasado Prosa profana y el Martín Fierro.

**E**L camino de la autenticidad es más difícil que el camino de los estilos nuevos, prestigiosos, y legando últimamente el libro de Eneida Sansone de Martínez sobre la imagen en la poesía gauchesca encontrada entre los muchos poemas anónimos que transcurren bajo la ficción inventiva que en la inmensa mayoría de los poemas cultos de nuestro siglo XIX. Porque el camino de la autenticidad es más difícil, porque "las voces de los ecos" y descubre que el arte no lo determina el estilo sino la excelencia que se produce en el momento que se escribe. Pero además América prueba que esa excelencia se ofrece dentro de una simultaneidad de estilos y estilos literarios, y en la estrecha vinculación al medio social en que vive el escritor. Porque esta pluralidad de caminos estilísticos nos ofrece, totalmente a conjuntos de hombres en determinadas circunstancias sociales y a las aspiraciones ideales artísticas, filológicas, que generan los creadores auténticos (cameranos en sus prácticas y determinadas vidas sociales).

Desde el momento en que los hombres decidieron aceptar la realidad del mundo como totalidad — una idea del XIX que terminó en el XX — cuando también reconocen que desde las épocas primitivas hasta la decadencia civilizada,

todo se le daba conjuntamente y este reconocimiento originó un aislamiento. En no discutida esperanza en el progreso constante de las artes entró en bancarrota y se comprobó que el funcionamiento de las letras no podía homologarse sobre el desarrollo que las ciencias han tomado en el siglo. Y esto condujo a que nadie se pensara inocente, puro o superior, y en que cambio se viera a sí mismo en las limitaciones de su momento y de su historia cultural.

Tomar contacto con este mosaico de épocas, direcciones estilísticas y con las equivalencias que permite establecer con las concepciones espirituales y artísticas de tan variados núcleos sociales es una experiencia que abre los ojos sobre América. También sobre la situación del hombre de estas tierras y sobre sus esperanzas.

**H**EMOS tomado obras de cinco países distintos y lo hemos hecho con la libertad de ofrecer distintas generaciones, distintas estilos, distintas concepciones de lo real que hoy conviven en nosotros. Lo literature densa, de angustio, resuelto, bloqueado mundo ciudadano, en que se ha distinguido nuestro primer novelista moderno, Juan C. Onetti, se opone a los cuentos urgidos de directa vida social del ecuatoriano Jorge Icaza, con su golpe inmediato y brutal. Junto a ellos José Gutiérrez Rosa testimonia ese tránsito misterioso en que está empujado desde su magnificencia novela, para trasladar el folklore a una cosmología universal dentro de estructuras verbales de tanta dificultad que desarmar a los traductores. Muy pocos de sus cuentos han llegado al español a causa de esa barreira lingüística, y mientras Jorge Amado o Erico Veríssimo cubren en el exterior el panorama de la narrativa brasileña, el autor del monumental Gran Sertão, veredas, el primer creador narrativo que tiene hoy el Brasil, sigue siendo un desconocido.

Más varietoso es el panorama de la poesía; José María Arguedas, el novelista de Los ríos profundos, el que ha intentado un indigenismo nuevo, desde adentro del habla peruana, ha emprendido ahora una tarea nada y difícil: rescatar el quechua, tan rico de hermosa poesía tra-

dicional, y hacer de él un vehículo que exprese la actual visión de la real del hombre de la tierra. Frente a Arguedas nuestro Juan Cucha, en el ejercicio de su madurez estilística, intenta poner su sonoro néctar, puro, adensado a una dicción popular al servicio de un gran tema, y recuenta los libros de la Biblia con cierta candor de pájaro de Illecas y subidaria calma clerical de poeta. Un joven argentino, Juan Gelman, que ha atravesado la experiencia vanguardista encuentra un estrechamiento vezas para decir su error social de americano y la constancia de su vivir poético, en tanto que Sebastián Salazar Bondy experimenta los ritmos esquitos y se adentra en el laboratorio metafísico.

Junto a ellos hemos puesto dos de los más jóvenes creadores uruguayos. Por un lado la experiencia de una narración de tema fantástico, donde María Inés Silva ha ido aproximándose, en sucesivas versiones, a una interpretación simbólica, amoviente, del transeúndo. Por el otro lado, la insuación íntima, el canto gozoso, sensible y culto de Washington Benavides, que encuentra una realidad poética en una aspiración estricta de arte universal.

Todos ellos son América, y todos centan, a su modo, el mundo americano. De las muchas colaboraciones que nos han ofrecido los escritores de América, sólo éstas nos permite publicar la dimensión de nuestro suplemento, pero en las restantes se repite la misma conflictualidad. Pero hay algo más: muy habitualmente se ha reprochado a las letras americanas su desprolijidad, su falta de corrección profesional. Es cierto: cualquier autor de segundo o tercer orden en otros países tiene con facilidad un nivel de eficiencia que le asegura una venta nutrida, o el laurel del best seller como a Margaret Mitchell, aunque él esté pigado con el adocenamiento. Los textos que aquí se publican con sus imperfecciones testimonian en cambio de una aspiración siempre mayor, de un compromiso, con el tema urgente, con el afán del arte, que permiten aflorar a través de los desgarros de la técnica despareja, una carne viviente, una participación seria en ese raro fenómeno que se llama la obra creativa artística. Y esto es también América.